

MONÓLOGO DE HÉCTOR AZAR: LA OPERÍSTICA DEL DESAMPARO

Personaje: Héctor Azar, en algún sitio de la mancha urbana, D.F.
Mayo de 2000.

AZAR: Que se la crean los muertos, que para eso sirven: para el mal agüero. Porque, primero muerto, antes que permitirles que me maten. ¿Qué se creen? Aunque ahorita me veo medio jodido, siempre he sido machetero. Donde me pongan, les monto un montaje, o me los monto... ya sabrán.

Desde muy chavo, publiqué mis primeros libros como poeta. Por algún rincón de esta casa deben andar rodando *Estancias y ventanas de Francia*. Si no los encuentran, pues no le aunque, porque mi mero mole es el teatro... Caray, todavía me acuerdo cuando fundamos en 1955 Teatro en Coapa, porque luego luego me dieron la beca del Centro Mexicano de Escritores.

Algunos críticos han de decir que resulté medio chafa para la dramaturgia. Y yo les respondo: ¿les cae? Nomás no se olviden de mis aportaciones al Teatro Universitario, palabra con la que muchos teatristas se amparan como si fuese título nobiliario. Y yo les pregunto: ¿qué han hecho desde la trinchera universitaria? Crear más y más escuelas para podernos morder a gusto y con furia. ¡En fin! Esa es la tragedia del teatro nacional.

Aunque me late un chingo desprenderme en distintas labores, queda como dato la formación de actores, así como la dirección escénica, o las Jornadas Alarconianas que me quedaron de poca; hoy prefiero referirme al texto literario, a mis preferencias por las expresiones populares, pero sin descuidar otras expresiones culturales.



En la talacha dramatúrgica, muchas veces me pregunté cómo podría incorporar elementos de otras artes al teatro. Como por ejemplo la plástica, especialmente los grabados o los retablos, porque son los más próximos a la gente de todos los días y de todas las penurias de este pequeño purgatorio denominado existencia. ¿O qué? No se hagan como que la virgen les habla. ¿Cuántos de nosotros no hemos visto en nuestra triste vida un grabado de José Guadalupe Posada?

(Se dirige a un armario de donde extrae una Calavera Catrina de tamaño natural y la coloca cerca de su cama.)

Pásele chula, ya sabe que mi corazón es su casa y que no dejo de pensar en usted como la santa madrecita de mis inspiraciones. Permítame leerle un fragmento de *La appassionata*, en donde aparece su seductora figura como una alegre presencia en el imaginario de los mexicanos:

FLORALINDA: ¿Ha venido? ¡Gracias a Dios!

SAGITARIO: Me lavaré la cara, por lo menos.

GARDENIA: Apúrate niña. Así estás bien.

(Se oye la voz de Canario conduciendo, entra primero e introduce a la Calavera Catrina de Posada.)

CANARIO: Papá, mi esposa.

SAGITARIO: Mucho gusto.

CANARIO: La Gardenia del alma.

GARDENIA: Señora...

Con estos diálogos, en aparente tono cotidiano, distinguimos que Doña Calaca, la Huesuda, la Parca, la Amada Inmóvil, la Chirifosca, la Copetona, la Desdentada, la Hilacha, la Igualadora, la Liberadora, la Malquerida, la Novia Fiel, la Patrona, la Pepenadora, la Siriquisiaca, sabe seducir a cualquiera. No se trata de una simple visión alucinante o, como señalara Octavio Paz, no es una expresión propia del mexicano con la que desafiamos a la vida.

En *La appassionata*, la muerte es una dama que, con su pura presencia, cautiva al resto de los personajes. Se integra a la familia, una de esas familias que ya no existen en nuestro país y que se mantenían en caída constante para beneficio del político más ranchero y carismático en la historia de la decadencia.

Jugando con la metáfora, es lógico que Canario, el hijo dependiente, obediente, sumiso, sea el que mantenga la tradición de matrimoniarse con la muerte. Por lo que, a veces me pregunto si la presencia de la Catrina, más que un deseo por concluir la existencia, ¿no será que en realidad somos felices cuando caemos en estado catatónico permanente? O lo que es lo mismo, ¿acaso la vida nos embrutece?

Otro elemento importante es la madre, la matriarca, la que "ordena el caos", la que reparte los alimentos que prolongan la vida de la que me he referido; se llama Gardenia, para beneficio y condena de un hijo que asume su educadamente edipismo, ya que Gardenia no es cualquier madre, sino "la Gardenia del alma", la que se vale del ombligo para, desde el cielo, arrastrar a sus hijos al destino que ella decida.



Gardenia es el vínculo entre lo espiritual y lo terrenal, pero no expresado como dos polos contrarios, sino simultáneos. De esta manera, la matriarca representa el dolor y la ternura, la muerte y la vida (ya que la Catrina es un espejo de Gardenia), la pasión y la castidad, la decadencia y el esplendor, en pocas palabras, Gardenia es un prototipo de mujer.

Esta madre es la que le hace los honores a la que podría ser su rival por el amor del hijo; Gardenia se postra ante la que puede ser su sucesora o la continuadora de una tradición del desamparo. Veamos más adelante:

SAGITARIO: Siéntese usted, señora.

(*La Catrina se sienta y da muestras de sobria amabilidad y de discreción.*)

GARDENIA: Pero, ¡qué elegante! Toda una sorpresa. ¡Precisamente la mujer que habíamos soñado para Canario!

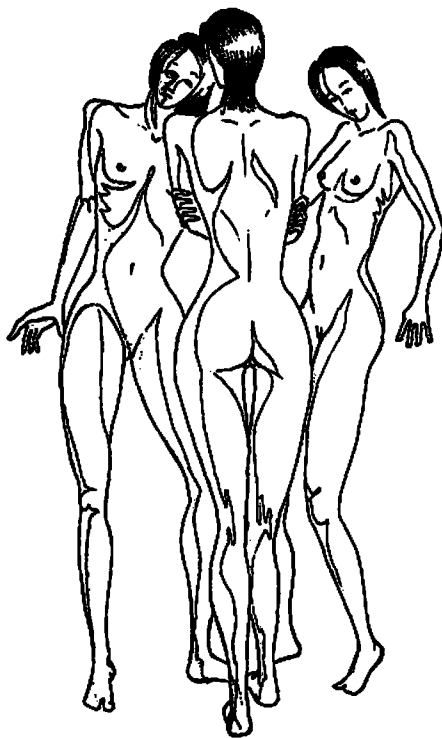
SAGITARIO: (*Entusiasta*) ¡Buena que está tu mujer, muchacho!

CANARIO: Y lo maravillosa que es. Ya la irán conociendo poco a poco.

El nombre de Canario adquiere una doble o múltiples significaciones, ya que no solamente se trata del hijo atrapado entre dos faldas o dos madres, entre dos vidas y dos muertes; además es el que sirve de vínculo entre la posible felicidad o desdicha. Y por si lo anterior fuera poco, agreguémosle que la palabra canario significa la posible inocencia interrumpida, ya que siempre vivirá en una *jaula de purificación*.

Se trata de la persona que jamás observará la realidad en su aspecto cruel; el mundo a su alrededor es perfecto, al grado de no distinguir a la muerte en cuerpo de su propia amante, además de encargarse de presentarla a su familia.

Contemplado en nuestro imaginario colectivo, quise exponer uno de nuestros tantos dogmas morales: "El camino a la eternidad está repleto de espinas." Nuestra conciencia se conforma con el supuesto de que para obtener beneficios, primero se debe sufrir. Caray, ¡qué maltrecho debe estar nuestro pueblo para mirar abundancia en los huesos!, y qué jodido para enaltecer a quien lo llama jodido.



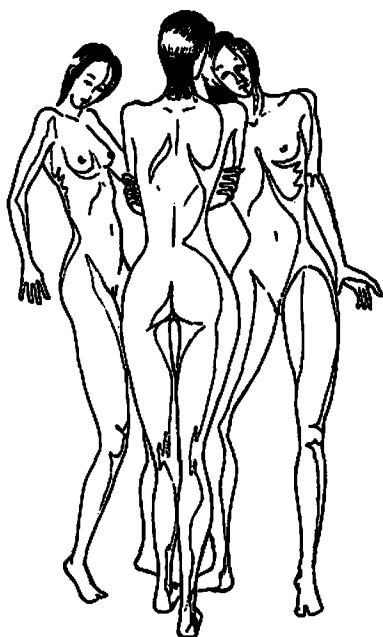
Así lo expresa el propio Sagitario, el padre, quien ve "buena" (juego de bondad y de cachondería) a la elegante nuera con estola de zorro y enorme sombrero de estilo porfiriano, porque su llegada ha traído un cambio a la familia.

¿Pero cuál es el precio que deben pagar por permitirle a La Catrina entrar a sus destinos? ¿Dejar la pobreza a cambio del averno? ¿Tener resuelto el problema del hambre por el Jauja mexicano denominado Mictlán? Esa parte queda abierta en la obra. Yo me limito a observarlos felices por última ocasión.

Desde mi punto de vista, sucede que la gente se "apasiona" por los desastres. La gran tragedia contemporánea resulta de un conformismo por la devastación. Por lo tanto, en *La appassionata* hay una preocupación por trabajar las "pasiones" de nuestro pueblo con toques operísticos, y de ahí que haya pensado en una estructura específica para mis textos, esto es, que lo sublime se articule con lo absurdo; que lo cotidiano adquiera matices míticos.

DOÑA CANGRINA: ¡Dichosos que son! ¡Quién tuviera un hijo!

CANARIO: ¿Si usted gusta? Encantados (...)



SAGITARIO: Órale, doña Cangrina, pues ¿a qué le juega?

DOÑA CANGRINA: Pero, ¿se verá natural? (...)

GARDENIA: Sagitario, estás de suerte, mira qué hijo tan frondoso.

SAGITARIO: No, pues eso sí.

Al final de *La apasionata*, la familia realizará un viaje, salen de la casa acompañados por la señora elegante y enlutada, la de modales finos y a la que, a partir de ese momento, llamarán hija. Pero además, en su trayectoria, los acompañará una vecina, cuyo nombre y expresiones, no pueden pasar desapercibidos.

Se trata de doña Cangrina, la relacionada lingüísticamente con la putrefacción, la que otorga la estocada fatal, pues, su presencia, trae consigo la descomposición, no solamente de la carne, sino del espíritu. La familia se dirige felizmente a su propia decadencia. (*Acomoda a La Catrina de tamaño natural en su cama.*) Usted perdone si la abandono por unos instantes, pero todavía no me quiero morir de pasión entre sus brazos. Ya sé que pa luego es tarde; que ya ni llorar es bueno; que el dramaturgo muerto

y el director arrimado a los tres días apestan; que sus labios me llaman a ocupar mi sitio entre los silenciosos, lo sé, pero nomás le pido que me permita echar una última platicadita de despedida.

(*Encaminándose a otro extremo, enciende una veladora que ilumina un nicho en donde se encuentran carteles de estrenos de sus obras. Dos en especial, contienen una cintilla que resalta los premios recibidos. Se trata de Picaresca, Premio "Xavier Villaurrutia" de la crítica profesional en 1958, y Olímpica, terna de candidatos al premio "Juan Ruiz de Alarcón" de la Agrupación de Críticos en 1964.*)

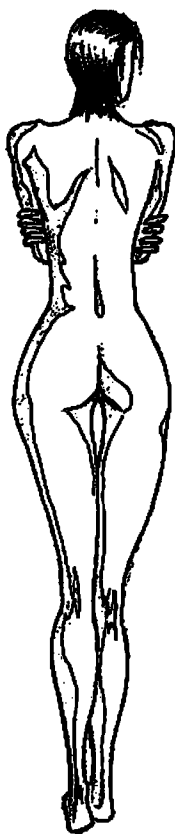
Olímpica. Suena bonito, ¿verdad? A mí siempre me han gustado los títulos muy popofs o mamones. Entre lo sublime y el chacoteo, entre expresiones de habla seria y cotidiana, junto con el giro verbal popular, me valgo para hacer burla de la cultura oficial, y además aprovecho para lanzar un suspiro por la ciudad de mis amores.

Nací en Puebla de los Ángeles, ¿y eso qué? No por ello dejaré de reconocer que sólo en la capirucha puede reunirse una amplia variedad cultural. Aquí mero se encuentra la gente de todos los colores, sabores y olores; de todas las regiones y de todos los tiempos; es más, de las más variadas expresiones del habla.

En la ciudad cabe sin menosprecio y sin complejos de regionalismos la cosmovisión de un pueblo, y esto se refleja en el aspecto físico de las personas, en sus ropas, en sus construcciones, en sus iglesias, en fin, en sus costumbres, que no son de unos cuantos sino de muchos todos; de muchos Yo y de todos los Tú.

Lo malo es que no terminamos de comprenderlo. Por eso no terminamos de ser lo que debemos ser; por eso, el primer imbécil nos agarra desunidos y entretenidos en escarbarnos la tierra de las uñas, porque nos han hecho creer que yo debo sentirme orgulloso por lo que hay en ellas.

Por eso, nada más somos *casi* mexicanos. Pero no piensen que me gana un sentimentalismo banal. Les presento a uno de mis personajes para que lo escuchen con atención:



CASI: En la más bonita ciudad de todas las que conozco ocurre esta historia. Ciudad grande, con sus colores vivos como en tarjeta postal, lustrosa y llena de gente. En ella nací yo y también mis padres [...] Aunque no somos de los más sobresalientes en lo que aquí sucede, ni buscamos el amor ni cosa que se le parezca, sí resultamos ser muy conocidos pues nos llevamos bien con todos a pesar de que algunos se molestan porque no hemos aprendido a mordernos la lengua.

Órale pues. Digan misa, si quieren. Es una visión romántica y muy particular de un tal Héctor caído por el Azar. Por medio de Casi, un personaje de escasos once años de edad, recupero un poco de la inocencia perdida de mi gente, de mis mexicanos. ¿Lo escucharon?

Tal vez sea yo un sentimentaloides de mierda que ha perdido la noción de lo que sucede a nuestro alrededor. Sin embargo, Casi me permite reencontrarme (ojalá fuera, reencontrarlos) con una forma de ser; con los usos y costumbres de un mexicano que ya no es... O algunos me dirán, que nunca fue.

Como estampa de cine de los cuarenta y cincuenta, observé una ciudad y una gente que se mete en problemas por poner los puntos sobre las íes, por no ser doble cara, por no morderse la lengua. En *Olimpica*, la devastación de los personajes se concentra en la búsqueda del imaginario colectivo denominado amor.

(Cerca de una ventana que mira hacia la iglesia de la Santa Veracruz, Héctor Azar coloca un San Antonio de cabeza.)

No hay uno solo que no justifique su mediocridad y su soledad, auto-sentenciada desde el principio de los tiempos, por medio del amor. Palabra que no termina de entender, como dijera uno de mis personajes, "las angustias de la carne." Para seguir trabajando con la locura autorizada, me valgo de una costumbre entre ciertas mujeres del país: concentrar todas sus energías y toda su fe hacia un inmóvil icono. ¿Cuándo surgió la idea de pedirle a San Antonio el tan anhelado consuelo de las pasiones? ¿Quién les ha dicho que los santos enderezan jorobas? ¿Desde cuándo se les otorgan alas a los alacranes? Quien sabe. Lo cierto es que la fe mueve montañas y provoca calamidades.

Nuevamente con *Olimpica* traté de trabajar lo mítico y lo religioso con la tradición popular. Incluyo a la perversa adoración de un santo, un coro de Atridas que analizan los distintos acontecimientos:

LOS ATRIDAS: ¿Qué será mejor que seguir vivos? Si vivir llamaremos a este morir continuo y repentino, a este viaje que tuerce los sentidos y nos aleja de Dios.

UN ATRIDA: *(Conforme)* Bendito sea Dios.

LOS ATRIDAS: ¿Qué esperamos? *(Unos a otros.)* ¿Qué memorias conservas de tus padres? ¿Qué intereses resguardas? ¿Qué clase de compañías te has procurado? ¿Adónde está la nobleza de tu corazón? *(Amargamente.)* Nací para arrastrarme entre el cielo y la tierra.

Los Atridas son determinantes en la obra, con ellos me permito jugar con una estructura versificada. Con estos personajes, incluidos como un coro casual, me permiten mitificar el hecho cotidiano de la petición del novio al santo. Por medio de estos elementos, obtengo una operística popular, sin música, pero sin descuidar el resto de los elementos: un amor imposible, un vividor que manipula los sentimientos de las pobres inocentes, una conciencia colectiva, la pasión del amor, la búsqueda de la satisfacción del instinto carnal, la traición y, finalmente... ¡LA MUERTE!

Los más enterados sabrán que los Atridas fue una familia conflictiva en extremo. Guerreros, pero gente con pasiones, impulsados por los deseos, pero justificados por una fe en sus dioses; dadores de vida, de locura, y si es necesario, jueces del sacrificio. Ya va siendo hora de convertirme en *protagonista*, de darle lógica a toda estructura teatral. El mayor de los *agones* en la operística de mis obsesiones, se encuentra en la santa locura, y qué mejor nombre para su adoración que *Inmaculada*.

Volvemos a la primera impresión de que se trata de un melodrama barato en el que se cantan himnos por las madres abnegadas y sumisas del mundo. Sin embargo, *Inmaculada* representa la perfección del ser humano, esto es, el absurdo de la perfección de la represión de nuestros instintos.

INMACULADA: ¡Indecorosos! ¡Sucios! Revolcándose los unos contra los otros en su cuarto redondo y en la peor porquería: como perros y peor, pues siquiera los perros se sujetan a una época del año y lo manifiestan con delicadeza, pero esos no; pues las malas herencias se transmiten y las traen desde el bisabuelo que era un degenerado...

La mayor de las violencias se encuentra en los rencores contenidos. La locura es una moral heredada por generaciones anteriores, y no se trata de algo que haya descubierto, sino que se encuentra a la vuelta de la esquina y en mí mismo. El dolor interior, como nadie lo puede observar, se convierte en algo natural.

El amor es sucio, pero la muerte nos dignifica. La familia nos vuelve mortales, pero gracias a las pasiones, logramos trasladarnos al subsuelo con el propósito de inmortalizar lo mejor de nosotros: nuestras angustias. Algún día, no lejano, las futuras generaciones nos adorarán como sus semidioses, nos levantarán altares, ya que representamos lo oculta-mente permitido: el instinto de destruir al resto de la humanidad, y para ello, hace falta la creación de escuelas y universidades, como la Escuela Particular "Gabino Barrera", que tan dignamente dirigen los protagonistas de *Inmaculada*. LC

